

# La emergencia de la palabra en la obra de María Enciso y de Carmen Conde

En el capítulo anterior hemos tratado de describir el recrudecimiento de la represión política y social que afectó de forma particular a determinados colectivos y que tuvo como consecuencia la difusión de un silencio generalizado. Al imponerse el discurso de una sola memoria, la dominante, los otros relatos de memoria fueron eliminados por completo de los circuitos de difusión cultural para reforzar aquella España cuyos valores e intereses se correspondían con los de las cúpulas del poder.

Sin embargo, las raíces del silencio y del olvido eran mucho más hondas de que lo podría parecer. También respondían a motivos, quizás, menos visibles que la violencia política y la persecución social imperantes: entendiendo que las vivencias del horror bélico y la represión posterior llevaron a muchos individuos a un límite psicológico y emocional, es necesario abordar el silencio y el olvido, además, como una característica propia de la experiencia traumática en sí misma. El silencio y el olvido después del trauma es un fenómeno que se ha estudiado ampliamente en relación con el Holocausto y la Segunda Guerra Mundial<sup>19</sup>, pero que no ha sido aún tratado con profundidad en el caso español. En su obra fundacional *Unclaimed experience. Trauma, Narrative and History* (1995), la profesora Cathy Caruth expone los límites del lenguaje cuando este se emplea para narrar el trauma. Al tratarse de una experiencia que atraviesa al

<sup>19</sup> Cf. Felman y Laub. 1992. Hunter 2018. LaCapra 2008.

sujeto, Caruth argumenta que lo traumático parece escapar a los límites de lo comunicable, convirtiéndose en una dificultad añadida por lo que al testimonio y a la literatura se refiere. A nuestro entender, es crucial tener en cuenta esta dimensión del silencio que afectaría a las autoras antes de adentrarnos a un análisis del contenido: no puede esperarse de un sujeto autor que debe lidiar con la devastación social e individual producida por la guerra y el exilio que sea explícito, claro y transparente. No hay palabras para ello, menos todavía después de la manipulación lingüística y la mentira histórica. El relato-mordaza se apropió de la Historia. ¿Pudo apropiarse, también, de la palabra?

Los poemarios de María Enciso y de Carmen Conde se escribieron durante un período histórico difícil. Mientras que María Enciso escribió durante la década de los cuarenta, la mayoría de poemas de Carmen Conde están fechados en los últimos años de la Guerra Civil y los primeros años de la posguerra, aunque se publicaran mucho después. Las poetas evocaron en ellos el dolor de estos años tormentosos de sus vidas y del país. Sin embargo, ni el exilio ni la España franquista proporcionaba un entorno comprensivo con la memoria de los vencidos, lo que, a efectos prácticos, conlleva el recordatorio constante de su situación. Todo ello actuaría en detrimento de la palabra y favorecería la expansión de este silencio que causaría estragos en la memoria colectiva. La emergencia de la palabra es, más que nunca, una *emergencia*. Frente al silencio y al olvido, las obras de aquellas personas que encarnan memorias específicas distintas a la memoria dominante posibilitan la urgente reflexión sobre la guerra y el horror. Veamos ahora como respondieron nuestras poetas.

## 1. María Enciso y los ecos lejanos del viento



En el octavo año de la primera década del siglo xx, en una Almería costera y modesta de casas bajas con fachada blanca y barcas de pescar, nació María Dolores Pérez Enciso. Murió en el exilio en Ciudad de México apenas cuarenta años después.

Su juventud transcurrió entre Almería y Barcelona. La familia se trasladó a la capital catalana por motivos de trabajo del padre, aunque su temprana enfer-

**Figura 3. Retrato de María Enciso.**

**Fuente: Instituto de Estudios Almerienses.**

medad y muerte los llevó de nuevo al sur. Después de comenzar los estudios en la Escuela Normal de Maestras, Enciso solicitaría el traslado de nuevo a Barcelona, con la autorización de su tío José Enciso, donde terminaría sus estudios en 1927. Durante esa etapa estuvo muy vinculada a la Residencia de Estudiantes de Cataluña<sup>20</sup>, situada en el número 37 de la calle Ríos Rosas. Dirigida por el poeta y ensayista mallorquín Miquel Ferrà i Juan, la Residencia fue un aglutinador centro cultural de la Barcelona de preguerra. Allí entró en contacto con miembros de la intelectualidad catalana como Carles Pi i Sunyer, Josep Ràfols i Eugeni d'Ors. Fue allí también donde habría de deslumbrarle la escritora chilena Gabriela Mistral, futuro Premio Nobel de Literatura en el año 1945<sup>21</sup>.

Su presencia en el universo literario catalán no le impidió llevar a cabo otras actividades y, paralelamente, se inició en el activismo político. El 11 de febrero de 1933 firmó, bajo el seudónimo de Rosario del Olmo, el Manifiesto de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética junto con otros cincuenta intelectuales de izquierdas, entre los que destacan Federico García Lorca, María Martínez Sierra o Ramón J. Sender. Poco después ingresó en las filas de la UGT y del PSUC<sup>22</sup>, hasta llegar a ser la dirigente de la Unió de Dones de Catalunya y la directora del Institut d'Adaptació Professional de la Dona (IAPD), donde fue «conocida como una de las impulsoras de la formación profesional de las mujeres catalanas y del trabajo para que los sindicatos defendieran las exigencias sobre paridad salarial y sobre la igualdad de derechos a la capacitación y especialización profesional de las trabajadoras»<sup>23</sup>. A lo largo de su vida, compatibilizó la creación literaria e intelectual con la política y, en todo ello, ejerció como maestra en las escuelas de la Generalitat hasta que el fin de la Guerra Civil la forzó al exilio.

En 1939 cruzó la frontera por Cerbère en la compañía de su hija pequeña Rosa del Olmo Pérez, fruto de un breve matrimonio fallido con el

<sup>20</sup> De forma coloquial, era llamada Residencia de Ríos Rosas, por estar situada en esa calle barcelonesa, aunque su nombre oficial fue el de Residencia de Estudiantes de Cataluña (Fernández Collado 2022, 16).

<sup>21</sup> De hecho, en el exilio se carteará habitualmente con Gabriela Mistral, por entonces una figura consolidada en el mundo de la literatura latinoamericana. Gracias al vínculo que compartieron, María Enciso recurrió a su amiga en varias ocasiones para solicitarle su consejo o ayuda, prueba evidente de la importancia que tuvieron las redes de apoyo femeninas en el exilio republicano. Cf. Montiel Rayo 2020.

<sup>22</sup> Partido Socialista Unificado de Cataluña.

<sup>23</sup> Adícea Castillo, «Rosa del Olmo. Los problemas de género en su obra», *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 13, nº 31. La cita se encuentra en el Anexo III de la edición de Virginia Fernández Collado de la *Poesía Completa* de María Enciso, en la página 197.

empresario Francisco del Olmo. Inició entonces lo que sería un largo peregrinaje por una Europa desolada a causa del inminente inicio de la Segunda Guerra Mundial. En este tiempo, la escritora, nombrada delegada para la Evacuación en Bélgica, acudía a campos de concentración franceses donde acogía a niños en situación de extrema vulnerabilidad para acomodarlos en hogares, asilos e instituciones belgas. Su misión de rescatar a los niños españoles abandonados solo finalizaría a causa del abrumador e implacable avance del ejército nazi, cuando tuvo que abandonar definitivamente el continente europeo y emprender un viaje que la llevaría, en julio de 1940, hasta América, tierra de la que jamás regresaría y donde publicaría todas sus obras. En palabras de la poeta:

Salí de España en enero de 1939, con una misión oficial. Delegada de Evacuación en Bélgica. Por razones de mi cargo, presencié y acompañé la evacuación española.

Recorrí todos los campos de concentración de Francia, para formar un grupo de niños que Bélgica acogía cariñosamente. Me acompañó en esta triste peregrinación una delegación del Gobierno Belga, presidida por la diputada Isabelle Blume, cuya despedida emocionada encabeza este libro.

En Bélgica residí, vinculada al Cuerpo Diplomático sudamericano, hasta que fué [sic] invadida. El día 13 de mayo de 1940, salí del país, hacia Francia. Más tarde crucé Inglaterra y embarqué en Liverpool, en un barco inglés, hacia las playas americanas. Esto ocurría en los últimos días de junio (Enciso 1941, 12).

La imagen de desolación que presencié esos años fue un amargo y constante recuerdo en la vida de la escritora almeriense, a los que se refiere como los «jirones de la triste historia de Europa» (1941, 12). A ellos dedicó su primera obra, publicada en Colombia y titulada *Europa fugitiva. Treinta estampas de la guerra* (1941). Escrita en prosa, trata sobre el éxodo español y la tragedia en la retaguardia bélica europea. Presenta treinta cuadros sobre las desgracias ajenas de las que ella misma había sido espectadora, configurando así un relato verdaderamente conmovedor sobre una población desarmada e indefensa, condenada a vivir en huida perpetua. Como si viera la desgracia desde una ventana —esa ventana fría del tren donde viaja con unos «bultitos por el suelo, desperdigados, casi sin un sitio para moverse», unos «bultitos callados», «bultitos que son niños» (Enciso 1941, 25)—, la escritura de María Enciso remarca la importancia del testimonio. Sensible al dolor del otro, ma-

nifiesta la necesidad de reflejar una realidad cruda con la que pretende abrir los ojos al lector:

Una ventana encuadrada en pintadas, lisas maderas. Una ventana sola, con un costurero a un lado, herméticamente cerrado, con todos sus tesoros, hebras de seda, botones, agujas, estampitas, sin que nadie los toque ni los mire. Y mi cara de mujer, pegada a unos cristales helados, junto a un jazmín sin flores, por todo el horizonte las azules campanillas, eternas, perdurables, y las nubes blancas, ingenuas, sobre mi cabeza que ya comienza a platear. Sencilla ventana, sola, fría, sin manos blancas, sobre el alba ropa, sin cabellos alisados, claros, sobre la frente pura y los dulces ojos. Y mi corazón, sin regazo y sin cobijo, solo y frío, encuadrado en la ventana solitaria, perdido entre la lluvia, que sigue llenando al aljibe gota a gota, en esta mutación de la vida toda, que es ya como una presentida muerte (Enciso 1941, 15).

Su hermano, Guillermo Pérez Enciso, escapó de los campos de concentración franceses gracias a la poeta, pero al contrario que ella se estableció en Venezuela. María estuvo en Colombia hasta 1944. Poco después, en 1945, residió en La Habana por un breve período de tres meses, donde se hospedaría en la pensión regentada por el matrimonio español exiliado, Eduardo Ortega y Gasset y su mujer Adela (Sevillano Miralles 2012, 50). De allí acabó en México, el país que sería su patria definitiva y, aun así, al que no acabaría nunca de acostumbrarse. En el exilio, combinó la creación literaria con sus tareas periodísticas, llegando a colaborar con el periódico mexicano *El Nacional*. Allí forjaría amistad con el resto de intelectuales y escritores en el exilio, como Manuel Andújar, Zenobia Camprubí, Concha Méndez, Manuel Altolaguirre, María Teresa León y Rafael Alberti.

*Europa fugitiva* fue seguida por los poemarios *Cristal de las horas* (1942) y *De mar a mar* (1946). Si *Europa fugitiva* iba dedicada a su hija, para que «pueda comprender su propia historia, que es la de tantos niños europeos» (Enciso 1941), *Cristal de las horas* se dirige a su madre, cuyo afecto aún le llega, en la lejanía, desde aquella España doliente que tuvo que abandonar: «A mi madre, mujer fuerte y abnegada en el dolor y en el sacrificio. Y a mi España, ambas fundidas en el recuerdo» (Enciso 2022, 33). El poemario lo forman cincuenta y seis poemas breves, compilados en tres secciones: «Canciones de tierra y agua», «Poemas de vida y llanto» y «Espacios en el tiempo». Todos ellos giran en torno a la nostalgia y a la añoranza, a la vez que

reflexionan y dejan constancia sobre el horror de la guerra. Aun así, es en *De mar a mar* donde este sentimiento de desazón se hace más visible. Desde su Mediterráneo natal a las costas mexicanas que la han acogido, las cinco partes que forman el poemario –«La tierra y el hombre», «El exilio», «Las veredas», «La soledad y el recuerdo» y «Sonetos»– ahondan en el sentimiento de pérdida que ya se anunciaba en *Cristal de las horas*. Como vemos, su obra poética conforma una clara prueba del desarraigo del exilio, de la rebelión contra una Historia impuesta y del duelo por sentir su patria y su vida arrebatadas, plasmadas en sus versos como los ecos lejanos que trae el viento desde la otra orilla del océano. Aparte de estos títulos, María Enciso publicó en algunas revistas literarias: en el número 9 de la revista *Las Españas*<sup>24</sup> aparecieron cuatro poemas inéditos de la autora.

Su último libro, *Raíz al viento*, fue editado en México en 1947. Representa una obra de gran valor por ser la recopilación de trabajos aparecidos en publicaciones de Colombia y México los años anteriores, en donde la autora reflexiona sobre la propia tradición española y el destierro mexicano. Aunque, al igual que *Europa fugitiva*, esta última obra quede fuera de la obra poética de la autora y, por tanto, de nuestro marco de análisis, es importante subrayar cómo del conjunto de textos que forman el carácter misceláneo de *Raíz al viento* –estructurados en «Ensayos», «Crónicas» y «Notas»– se desprenden sus planteamientos políticos y su compromiso social, elemento crucial en la vida y en la escritura de la poeta almeriense. A fin de cuentas, el carácter testimonial de la poesía de Enciso no puede entenderse sin atender, justamente, al vínculo que establece entre su propia vida e ideas con sus escritos y poemas. En otras palabras, el posicionamiento poético de María Enciso aparece siempre en relación con su convicción política, defendiendo que todo poeta tiene la obligación de tomar partido contra la crueldad.

Así pues, desde su posición de mujer exiliada, María Enciso canta a la libertad y rememora la tragedia, haciendo de su poesía el espacio desde donde recordar todas aquellas experiencias verdaderamente desgarradoras que le tocaron vivir. Por ello, Enciso se inscribe de lleno en lo que algunos estudiosos llaman la «tradición de la poesía del testimonio europeo» (Fernández Collado 2022, 20), que incluiría la obra de autores como Paul Celan (1920-

<sup>24</sup> *Las Españas. Revista literaria* fue una iniciativa cultural y política creada en México por Manuel Andújar y José Ramón Arana en el año 1946. La revista editó 19 números desde 1946 a 1956. A partir de entonces, continuó bajo el nombre *Diálogo de las Españas* (1957-1963). En ambos períodos se consolidó como una de las revistas más importantes del exilio republicano, conocida por su calidad literaria y su compromiso político.

1970), Primo Levi (1919-1987) o Dan Pagis (1930-1986), muy preocupados, también, por transmitir, pese a todas sus dificultades, el trauma. María Enciso actúa de forma paralela: su producción literaria revela el afán por plasmar las vivencias traumáticas compartidas con los otros exiliados españoles y con el conjunto de las víctimas del fascismo en toda Europa. La propia autora lo expresa en la nota introductoria de *Europa Fugitiva*, donde asegura que el libro «contiene escenas de todo lo que viví en ese tiempo. Es un libro humano, y un libro triste, pero absolutamente verídico. (...) Está escrito con el hondo sentimiento de la realidad cruda que hube de vivir» (Enciso 1941, 12).

Poeta del testimonio y del recuerdo, de la memoria y del instante, María Enciso muere prematuramente en el exilio. Falleció en Ciudad México en el año 1949, debido a una complicación en una operación de apendicitis. Sus cenizas se encuentran desde ese día en el Panteón Español de México<sup>25</sup>. Su hermano, su hija y su madre la sobrevivieron largamente. Habría de ser también *Las Españas* la que diese cuenta de su fallecimiento. Fue en el número 12, en abril de 1949, cuando un emocionado Manuel Andújar comunicó:

Con palabras de vida y esperanza debemos recordar a María Enciso, muerta a deshora, cuando el tiempo de España, de su libertad, la aguardaban... María Enciso, la amiga leal es una limpia verdad literaria que se trunca, en el momento en que su emoción y su concepto poético alcanzaba un fecundo equilibrio, clara sazón. En ella, la dignidad de la forma animábase con una ferviente dedicación temática a su pueblo... En el curso de su exilio en Bélgica, en Colombia y en México, este sentimiento auténtico inspira el decir de María Enciso. Y su propia existencia. María Enciso, destino y destierro, poesía y España. Un delgado silencio vibrante (Medina 1987, 32).

Desde entonces, su obra y su legado prácticamente han desaparecido. Este olvido de la crítica se explica, en parte, por el hecho de que la autora muriera en la primera década de la dictadura, cuando la censura y la represión tenían todavía una gran influencia. Al fin y al cabo, la obra de Enciso surge de la urgencia del testimonio y está cargada de contenido político, así que deberá esperar todavía varias décadas para ver la luz en su España natal. Aurora de Albornoz hizo esfuerzos por recuperarla en 1982, incluyendo *De mar a mar*

<sup>25</sup> Este cementerio, ubicado en Ciudad México, acoge la sepultura de personalidades mexicanas y extranjeras notables. Entre ellos, además de María Enciso, se encuentran los restos del escritor Max Aub (1903-1972).

en la colección «España Peregrina» de la editorial Molinos de Agua. Sin embargo, incluso en los años de la Transición, tuvo una acogida insuficiente por parte de la crítica y del público, que todavía no tenía demasiado interés en la obra de las exiliadas (cf. Figura 11 y 12 de los Anexos). Autora exiliada de España, de Europa y, también, del canon literario (Dellinger 2004, 78), su figura quedó relegada en un injusto silencio amnésico del que consideramos necesario recuperarla.

## 2. Carmen Conde y los gritos de la tierra húmeda



**Figura 4. Retrato de Carmen Conde por el pintor Gregorio Prieto, 1964.**

**Fuente: Museo Gregorio Prieto, Valdepeñas.**

En el año 1979, Carmen Conde se convertía en la primera mujer en ser elegida Académica de Número de la Real Academia Española, institución creada en 1713 y que en ese momento ya había nombrado cerca de cuatrocientos académicos, todos hombres. Su nombramiento, momento álgido de su carrera, ponía fin, en palabras de la autora, «a una tan injusta como vetusta discriminación literaria» (Conde

1979, 9). El hito llegaba después de muchos años de publicaciones y de búsqueda de reconocimiento. La poeta labró una incansable trayectoria inspirada por el «espíritu Poesía», que supuso para ella una especie de guía y fuerza vital sin la cual la poeta no podría entenderse. Su reconocimiento la acerca más bien a otras figuras femeninas que sí obtuvieron la atención de la crítica, como sería el caso de Rosa Chacel o María Zambrano. No obstante, si bien en menor medida respecto a otras autoras como María Enciso, la exclusión de las mujeres del canon literario ha privado a Carmen Conde, como a tantas otras, del reconocimiento público y mayoritario que sí obtuvieron muchos compañeros de generación.

Carmen Conde nace en la localidad murciana de Cartagena, en agosto de 1907. Por los traslados laborales del padre, Luis Conde, pasó su infancia en Melilla, período feliz que recordaría en *Empezando la vida. Memorias de*

*una infancia en Marruecos: 1914-1920* (1955). A su regreso a Cartagena, la devoción de la joven por los libros y el arte va en aumento, lo que inquietó profundamente a su madre, María Paz Abellán, ya que esto la alejaba del aprendizaje que debía llevar a cabo una mujer para ocuparse del futuro de su casa (Garcerá 2019, 7). Pero la aspiración de la joven poeta no podía estar más alejada del deseo de su madre y pronto empezaría a escribir sus primeros textos en la prensa local, que serían leídos por grupos literarios de la capital. Por ello, cuando viajó a Madrid unos años más tarde, la joven autora no tardó en vincularse con el entorno de la Residencia de Señoritas y del Lyceum Club Femenino, donde trató, entre otras, con Ernestina de Champourcín, Concha Espina y Sofía Casanova. En ese mismo viaje conoció a Juan Ramón Jiménez, autor con quien llevaba un tiempo carteándose y que había publicado algunos de sus poemas en las revistas que dirigía. Gracias al apoyo de este entorno poético, publica su primer poemario bajo el título de *Brocal* (1929). Su red de contactos y de apoyos fue extendiéndose e incluso llegó a autoras al otro lado del océano, como sería el caso de Gabriela Mistral – esa misma poeta que tanto ensimismó a María Enciso en sus años en Barcelona –, quien prologó *Júbilos* (1934), segunda obra de Carmen Conde que contó además con ilustraciones de Norah Borges<sup>26</sup>. Finalizó sus estudios de Magisterio en la Escuela Normal de Albacete y se casó poco después con el poeta Antonio Oliver Belmás (Cartagena, 1903-Madrid, 1968). Juntos fundaron la Universidad Popular de Cartagena, coincidiendo con el advenimiento de la República. La institución tenía el objetivo de promover la alfabetización y la cultura de la población mediante la impartición de clases gratuitas y la programación de actos culturales diversos. La universidad estableció una relación muy estrecha con el Patronato de Misiones Pedagógicas, llegando a organizar conjuntamente proyectos de enseñanza que se desarrollarían en provincias murcianas. Organizaron también visitas de personalidades ilustres, como la presentación de *Perito en lunas* (1933), primer libro de Miguel Hernández, con quien el matrimonio mantuvo una gran amistad.

Como la propia escritora recuerda en sus memorias, el estallido de la Guerra Civil lo cambió todo. Todas las actividades del centro se detuvieron y

<sup>26</sup> Norah Borges (Ciudad de Buenos Aires, 1901-1998) es el seudónimo de Leonor Fanny Borges, artista plástica y crítica de arte argentina. Hermana de Jorge Luis Borges y cónyuge de Guillermo de Torre, se inscribe en las vanguardias internacionales: se relacionó con personajes de relevancia como Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca o Gabriela Mistral, además de otros jóvenes poetas de renovación de España y Argentina. Artista comprometida con la renovación artística y la sociedad, su obra nos permite reflexionar sobre el papel de las mujeres artistas del siglo xx.

a los pocos meses Antonio Oliver se alistó en el ejército republicano. Aunque nuestra poeta le seguirá en un inicio, regresará finalmente a Cartagena para cuidar de su madre. No estarán mucho tiempo en su ciudad natal: en 1937, huyendo de los bombardeos recurrentes en Cartagena, ambas deciden instalarse en Murcia, donde Carmen colaboró en la Emisora Radio-Murcia. Pronunció diversas conferencias sobre Ramón Menéndez Pidal, Juan Ramón Jiménez y Gregorio Marañón, «españoles alejados voluntariamente de la España que merecían, cuanto menos, un pequeño homenaje por la cultura que habían dejado» (Ferris 2007, 466). Siguió también con su labor docente impartiendo clases a adultas analfabetas en la Casa de la Mujer de la Agrupación de Mujeres Antifascistas.

En estos años de la contienda se produce la redacción de algunos de sus poemarios más importantes. En su estancia en Valencia, en 1939, Carmen Conde da por concluidos *Sostenido ensueño*, *Mientras los hombres mueren* y *A los niños muertos por la guerra*, obras no verían la luz hasta mucho después. El primer poemario, donde se expresa lo que supuso para la escritora su huida de la realidad atroz de la guerra, permanece inédito hasta la década de los sesenta, cuando la autora publica en Biblioteca Nueva su *Obra poética* completa. Las dos obras restantes, escritas en prosa poética, serían finalmente publicadas de forma conjunta en 1954 bajo el título *Mientras los hombres mueren (1938-1939)* por una editorial extranjera en Milán. Fue de los pocos poemarios de Carmen Conde en ser publicado fuera de España. El otro, *En un mundo de fugitivos*, fue lanzado por las editoriales de Buenos Aires en 1960, aunque algunos de sus poemas fecharan de 1939. La publicación en el extranjero se debe, como es evidente, a la imposibilidad de publicar estos textos en la España de la posguerra y la dictadura: pese a su paulatina consolidación dentro del mundo literario español, nada la eximió de la vigilancia censora a la que todos los creadores españoles estaban sometidos, lo que influyó en la expresión poética que la autora desarrollaría durante las siguientes décadas y que impregnaría, también, sus textos de carácter testimonial (cf. Figuras 13 y 14 de los Anexos).

Llegado el fin de la guerra, Carmen Conde y Antonio Oliver decidieron no exiliarse. En sus memorias, la poeta recuerda la decisión que tomó su marido, contraria a la de muchas de sus amistades literarias, y que tanto marcaría la producción del matrimonio en los años posteriores: «Yo no he hecho nada más que defender mis ideas y a mi patria, así que no me voy; no creo que nos maten, y si nos vamos todos, este tío (por Franco) se quedará nada más que con los suyos». Y así nos quedamos, pero cómo lo pasamos...», explica

la propia Carmen (Conde 1986, 267). Bajo la protección de la familia y del marido de Amanda Junquera –su amiga íntima y su gran apoyo durante estos y los siguientes años–, Cayetano Alcázar, nuestra autora logró sobrevivir a la represión franquista. Eso no impidió que en 1940 se instruyera un procedimiento sumarísimo ordinario contra ella por su apoyo a la Segunda República. Por suerte, la familia de Amanda intercedió por la poeta declarando a favor de su religiosidad y buena fe, así como de su adhesión al Movimiento Nacional, por lo que el procedimiento finalizaría cuatro años más tarde por falta de pruebas. Muy distinta fue la situación de Antonio: se le condenó a prisión atenuada en el domicilio familiar, que no podía abandonar salvo por motivos laborales, obligaciones familiares y deberes religiosos. Quedó completamente aislado en Murcia hasta que en 1946 quedara libre de sus delitos políticos y el matrimonio pudiera reunirse de nuevo en Madrid.

Durante esos años, Carmen Conde trabajó como asesora literaria de la Editorial Alhambra e ingresó como secretaria en la Universidad Central de Madrid, donde Alcázar era catedrático y secretario general. Sus primeras publicaciones fueron entonces un recopilatorio de cuentos infantiles, *Centenito, gato salvaje* y *Chismecita y sus enredos*, firmados bajo el seudónimo Florentina del Mar. La desestimación de sus cargos y su red de contactos le permitió iniciar un período de intensa actividad literaria. Tras la publicación de *Mujer sin Edén* (1947), comienza para la escritora una etapa de plenitud literaria, de viajes y de reconocimientos. Fue invitada a impartir lecciones en universidades, colaborará en múltiples revistas literarias e incluso gestionará, junto a Oliver, la cesión al Ministerio de Educación del archivo de Rubén Darío. En 1967 fue la primera mujer que obtuvo el Premio Nacional de Literatura por su *Obra Poética* (1966) y en 1979 volvió a hacer historia al convertirse en la primera mujer en acceder a la Real Academia Española. Aunque este fuera uno de sus mayores logros, también fue nombrada Académica Correspondiente de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico, se le entregaron las llaves de la Ciudad de Miami, obtuvo el puesto de Asesora del Ministerio de Cultura y, en 1987, recibió el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil.

A lo largo de su trayectoria, Carmen Conde no luchó únicamente por su propia palabra, sino también por la de otras autoras que, en tiempos del franquismo, encontraron grandes impedimentos para alcanzar el espacio público. En sus numerosas antologías poéticas, *Poesía española viviente* (1954), *Once grandes poetisas americanas hispanas* (1967), *Poesía femenina española. 1939-1950* (1967) y *Poesía femenina española. 1950-1960* (1971), la poeta cartagenera trató de dar a conocer la obra de otras muchas mujeres escritoras.

Esto demuestra, una vez más, la importancia decisiva de las redes de apoyo entre mujeres en el siglo xx español, de las que ella misma se había beneficiado con el empuje que el prólogo de Gabriela Mistral y las ilustraciones de Norah Borges habían dado a *Júbilos*. A juzgar por su implicación para favorecer el descubrimiento de las voces de otras escritoras, cabe señalar en Carmen Conde una voluntad de resituar colectivamente a las mujeres en el paradigma cultural español, lo que sería una de sus grandes preocupaciones como escritora. Nuestra poeta nunca dudó en denunciar en sus memorias la posición de inferioridad en la que se encontraba como autora por ser mujer, así como las presiones del régimen y la censura a la que todos y todas estaban sometidos:

Creo que padezco de desilusión por las carencias de editoriales, para reeditar mis libros agotados y futuros nuevos. El vivir apartada del *mercadillo*, crea embotellamiento en la publicación de la obra. Mas, ¿cómo se remedía? No se presta atención más que a los que bullen desordenadamente, chillándose su propia importancia. Y si es mujer poco se puede esperar en España. Hágase la investigación de los editables y si no son de «régimen» (el que sea), ¿qué son? (Conde 1986, 104).

Como vemos, al quedarse en España Carmen Conde tuvo que adaptarse a un nuevo contexto político, social y cultural que le era hostil, lo que implicaba abandonar las denuncias y acusaciones directas e, incluso, esquivar aquellos temas que pudieran tener un marcado carácter político. Con todo, el antibelicismo que la caracterizaba no abandonó jamás su obra poética. Su silencio y su olvido fueron, efectivamente, distintos a María Enciso pero, del mismo modo que la poeta almeriense oía los lamentos de la España abandonada, Carmen Conde escuchaba los gritos de la tierra que aún pisaba. Y, pese a vivir en esa España donde una mujer poco podía esperar, escribió ese grito.